

Zwarte Schuur, Oek de Jong
2019 (blz. 9 – 18)
Vertaling Marcela Cazau

Para Jeanne

CAPÍTULO I

I

Estaban en el taxi, callados. Un vaho se desprendía del asfalto que se estaba secando. El aire caliente y húmedo entraba por las ventanillas a medio abrir. Tres chicas mojadas por la lluvia, con sus vestidos pegados al cuerpo, cruzaron riéndose delante de un semáforo. El taxi avanzaba lentamente por Amsterdam a la hora pico de la tarde; el chofer, aburrido, se recostaba contra la puerta.

Maris miraba hacia afuera y esperaba. Esperaba para lograr decirle algo normal a Fran otra vez. Ambos estaban recuperándose de la tormenta de la hora anterior. Mientras tanto, él se inclinaba hacia adelante para no tocar el respaldo del asiento trasero con su saco ni con su camisa. No podía bajarse más tarde con una marca oscura en la espalda. Con el rabillo del ojo le echó un vistazo a Fran, que miraba fijamente hacia adelante. Tenía puesto un vestido de seda color ocre. Se había recogido el grueso cabello rubio oscuro, y había trenzado en él un pañuelo de colores vivos. Llevaba en los hombros un saco que hacía juego con su vestido. Sintió que su irritación aún no se había disipado, pero sin embargo lo enterneció la expresión atormentada que vio en su cara. Aunque estuvieran peleados, el rostro de ella lo conmovía.

Miró otra vez hacia la ciudad que se deslizaba ante ellos. Cuando el taxi finalmente pudo acelerar y atravesó un charco profundo, vio a través de las salpicaduras del agua el enorme afiche en el panel de publicidad. Los carteles, que mostraban un fragmento de una de sus obras, estaban pegados por toda la ciudad desde hacía una semana. Tenían un par de metros de altura. Le parecían demasiado grandes, tendía a evitarlos. Lo ensombreció ver el afiche; era como si todo se hubiera terminado ahora que su obra estaba fijada en un cartel tan grande, como si el mundo se hubiera apoderado de ella con fuerza bruta y ya no le perteneciera.

—¡Mira!

Fue Fran quien rompió el silencio luego de diez minutos. Giró su teléfono y se lo alcanzó para que él pudiera ver la foto en la pantalla en forma horizontal.

—¿De quién es?

—¿Pero mira!

Oyó una urgencia en la voz que atizó otra vez su irritación. También oyó algo de reproche, porque no había mirado la foto de inmediato sino que primero se había resistido, como de costumbre —al menos según ella. Maris miró la pantalla y vio una ladera árida en el desierto en la que las palabras “GOOD LUCK MARIS” habían sido escritas con piedras en letras colosales.

—¿No te parece amoroso esto? ¡Y justo a tiempo! —dijo Fran—. Ella está realmente pendiente de todo. Eso se ve.

—¿Por qué te manda esa foto a ti?

—Porque sabe que yo miro seguido esta cosa.

Maris se fijó en la pantalla de su propio teléfono.

—Yo también la tengo.

Mientras le devolvía el móvil, no pudo mirarla. Fran también desvió la mirada.

Él sostuvo su teléfono entre las rodillas y se inclinó hacia adelante para poder ver mejor la foto. Había sido tomada por Stan, su hijastra desde hacía veinte años. Las últimas semanas había estado en lugares donde hubiera sido mejor no estar en ese momento. Desde una ciudad fronteriza turca incursionaba por Siria e Irak con dos guías armados para documentar los estragos de la guerra: desde el acero desgarrado de los tanques destrozados por los disparos hasta las ciudades bombardeadas, autos totalmente quemados, cadáveres tendidos a lo largo del camino y la mirada de los niños que habían sobrevivido. Les enviaba mensajes para que pudieran seguirla. Pero a veces no tenía señal y quedaba fuera de alcance por un tiempo.

Ese día parecía encontrarse en un entorno pacífico. Eso los alivió a ambos.

Un cielo matinal celeste pálido se destacaba claramente sobre la saliente del talud. Se había levantado al amanecer para poner esas letras. Maris se la imaginó con ojeras luego de una noche demasiado corta, un poco ronca, con los guías y la camioneta polvorienta y abollada en las afueras de un pueblo. Separó el pulgar y el índice deslizándolos sobre la pantalla para agrandar la foto. En una de las oes de la ladera una cabra comía pasto.

—Lo hizo esta mañana —dijo él—, y aparentemente logró enviarlo hace un cuarto de hora.

—¿No te parece amoroso?

—Muy amoroso —Trató de complacerla—. Pero ahora la extraño más que antes.

—Bueno, pero tiene su propia vida.

Maris volvió a mirar hacia afuera, las calles familiares, los edificios familiares, la ciudad en la que vivía desde hacía casi cuarenta años, salvo los cinco que había pasado en Nueva

York. Cerró los ojos y trató de concentrarse en lo que vendría, imaginándose las salas del Stedelijk, donde había pasado tantas horas la última semana: sus obras, en parte ya colgadas, en parte apoyadas contra la pared, cajas de madera de las que aparecían pinturas que él no había visto en décadas, los andamios rodantes, las escaleras, restos de embalajes diseminados por todos lados, hombres con guantes blancos. Pensó en la cena para los patrocinadores de la noche anterior en el museo, entre sus propios cuadros. Solo unas pocas horas más de trabajo, se dijo a sí mismo, y luego se acabó. Laura y Golo eran los primeros a los que vería enseguida, a la entrada del museo. A continuación, una masa de gente. La idea no le causaba disgusto, sino que generaba en él una fuerza para seguir adelante —iba a hacerlo.

Miró de costado. Frans había puesto el saco en su regazo y estaba un poco inclinada hacia adelante.

—¿Vas bien? —le preguntó Maris.

—Voy.

—Okey.

—Deberíamos haber salido mucho antes de casa.

Maris se quedó callado, atónito. Luego dijo con frialdad:

—Es cierto, Fran.

—Si no me hubieras apurado tanto, lo habríamos logrado. Maris no le respondió, no tenía la intención de dejarse provocar.

El estrépito de los martillos neumáticos se aproximaba. Él cerró la ventanilla y, como ya no se podía hablar, miró primero el rosario que se balanceaba bajo el espejo retrovisor y después, a través del parabrisas, a los hombres que con el torso desnudo y protectores en las orejas quebraban en un cruce el asfalto entre las vías del tranvía. Fran y el chofer también cerraron sus ventanillas. Vio aparecer carteles amarillos. Encima eso: un desvío. El taxi pasó junto a los hombres de los martillos neumáticos. El ruido se volvió ensordecedor. A Maris le pareció inaguantable, como todos los ruidos fuertes —lo ponían agresivo. Pero siguió mirando fijo al frente. Nada iba a desequilibrarlo ahora.

Fran todavía tenía que reponerse de la apresurada partida y de todo lo que la había precedido. Sintió la presión en su casa por horas. Maris había agotado todo su repertorio: desde sutiles indirectas, pedidos amistosos y suave insistencia hasta “¿Te voy llenando la bañadera?” y “¿Ya decidiste que te vas a poner?”. Porque, sí, hoy era el gran día. Había estado a punto de no ir con él y así castigarlo por un año desastroso. Pero no había sido capaz, había cedido. Ahora la irritaba su vestido, que le quedaba demasiado apretado. Había tenido que contener el aliento cuando Maris le subió el cierre de la espalda. Estaba fuera de

línea como para usar vestidos ajustados. Y sin embargo se lo había puesto, apremiada por su espera silenciosa. La irritaba haber cedido y haberse puesto algo para complacerlo. Y la irritaba el pañuelo que se había trenzado en el cabello recogido. Demasiado juvenil. También para él.

Miró de reojo a Maris, que seguía callado, mirando fijo hacia adelante. También el chofer del taxi, que se había dado cuenta enseguida de que ese hombre no quería hablar, seguía callado. Vio que Maris estaba tenso, lo entendía, y aun así la irritaba esa cabeza inmóvil de él, ese estar metido en sus propias cosas. Siempre lograba que los demás hicieran lo que él quería.

—¿Cuánta gente esperan? —le preguntó.

—Ochocientas personas.

—¿Tantas?

Se quedó callada un instante.

—¡Qué gentío! —dijo luego—. Creo que me quedo una horita, Maris, y después me voy a casa a organizar todo.

—Como te parezca.

Maris ni tenía ganas de mirarla ya. Agarró el teléfono y buscó la foto que Stan le había enviado. Lo que más lo conmovió fue que ella se había tomado el trabajo de escribir también su nombre con las piedras.

2

El asfalto ya se había secado cuando se bajaron en el Museo Stedelijk. Maris respiró hondo el aire tibio y miró a su alrededor. Habían colocado vallas de contención en el museo y tras ellas había una larga fila de invitados a la inauguración, muchas mujeres con los brazos descubiertos, muchos rostros bronceados, hermosos vestidos, trajes elegantes, un placer para la vista. Sobre la Museumplein había todavía nubes oscuras, iluminadas por un sol bajo. Al otro lado de la calle estaba el Concertgebouw, las casas y negocios que conocía desde hacía tanto tiempo. Maris miró a su alrededor, como si todavía no quisiera entregarse a lo que le esperaba.

Entonces tomó con determinación la mano de Fran, una mano no demasiado complaciente, y caminó hacia la entrada de servicio del museo, donde lo esperaban sus dos asistentes. Golo estaba con un traje oscuro, Laura de tacos altos, con un vestido discreto que no llamaba la atención —Maris reconoció su tacto. También en esto era consciente de su rol. Lo conmovió verlos, jóvenes y agudos, esperándolo, serviciales pero también inquietos, impacientes y

visiblemente sorprendidos de que él pudiera caminar hacia ellos tan distendido. Habían trabajado muy duramente seis meses con él. Había sido intenso. Le dio un beso a Laura en la mejilla y un corto abrazo a Golo. Ellos, atentos, admiraron el vestido de Fran, que reaccionó un poco ausente a sus cumplidos. La apariencia de Laura, sus reacciones hacia Maris y las reacciones de él hacia ella, acaparaban toda su atención.

En el ascensor Maris dejó que hablaran los demás. Miró las nubes oscuras sobre la ciudad. La cabina de vidrio se deslizaba lentamente hacia las oficinas en el techo del museo.

Cuando se abrieron las puertas vio a la directora, que los estaba esperando, hablando animadamente casi de espaldas. Tenía puesta la misma ropa que en la cena de la noche anterior: una chaqueta negra holgada y larga, abotonada hasta arriba, sobre un pantalón ancho negro —su uniforme de trabajo, como ella lo llamaba. En medio de una oración se dio vuelta hacia ellos, en su rostro pálido de labios rojos apareció una sonrisa, extendió los brazos y fue así a su encuentro. Maris le dio un beso y se disculpó por la demora, pero no demasiado —era elegante llegar tarde justo en esta ocasión. Estaba feliz de verlo, le dijo, y *terribly happy* de que hubiera llegado el momento. También saludó a Fran con calidez, como si la conociera desde hace años. Luego tomó a ambos del brazo y los condujo al lugar donde los esperaba un grupo pequeño. Hubo un discreto aplauso. Maris saludó. La adrenalina comenzó a fluir. Eso lo hizo revivir.

Cuando la directora se dirigió a la azotea para fumar un último cigarrillo —por en cuanto— la siguió con una copa de champagne en la mano. Cuando tuvo que cruzar el alto umbral, ella se agachó para ver si apoyaba bien el pie. Maris vio de cerca su pelo corto negro y también unos pequeños puntos negros sobre el cuello blanco que se asomaba. A veces no era agradable tener una visión aguda. Al ver ese cuello blanco desnudo recordó un video en el que se veía a esa mujer junto a otra en una habitación, delante de una ventana; cada una se quitaba su ropa, hasta quedar ambas desnudas, y a continuación se ponían la ropa de la otra. Debía haber sido hace décadas, esa *performance* en un cuarto en el campo.

—*Watch out!* —le dijo él.

Le ofreció la mano. Ella apoyó su mano transpirada en la suya. Su sonrisa era color rojo sangre.

—*Thank you*, Maris.

Una vez en la terraza sacó un paquete de cigarrillos y un encendedor de su cartera de diseño, que le colgaba extrañamente baja, justo arriba de la rodilla. Con la primera pitada se hundieron sus mejillas e inhaló con avidez. Fumaba como un hombre. Le contó que *The Guardian* iba a escribir sobre su retrospectiva y que estaba tratando de conseguir que el

corresponsal de *The New York Times* fuera allí. Tenía una excelente red de contactos. *Art Forum* la consideraba una de las diez personas más influyentes en el mundo del arte. Maris lo sabía y por eso estaba ahí, con ella, en su lugar habitual para fumar.

La Sala de Honor del museo todavía estaba vacía y fresca cuando la atravesaron. Allí estaban las pinturas más grandes de Maris, un par de sus dípticos y las decenas de lienzos pequeños y grandes de su ciclo *After Grünewald* que colgaban de hilos casi invisibles. Del hall del museo llegaba un fuerte murmullo de voces que resonaba contra los altos muros.

Cuando aparecieron en la parte superior de la gran escalera frente a la Sala de Honor, se encendieron luces brillantes. Maris tomó a Fran de la mano. Sonrió y saludó con su mano izquierda, porque era zurdo. Antes de que pudiera darse cuenta, la directora ya estaba parada ante el micrófono. Solo captó de su discurso que ella, conscientemente o no, había llamado a la pintura un “*old-fashioned médium*”, un medio pasado de moda, con el que él sin embargo cada vez lograba hacer “cosas nuevas”. También planteó alguna teoría artística de última moda sobre su obra, pero eso no le interesó. Miró a dos mujeres jóvenes que lo observaban inmóviles en la escalera repleta de gente, captó la mirada de una mujer con los hombros descubiertos, reconoció los rostros de un par de amigos y dejó que su vista vagara sobre la multitud, bronceada y fresca luego de algunas semanas de vacaciones; todo era un esplendor estival.

Maris habló brevemente, como era su costumbre en las inauguraciones. Causaba impresión por su voz grave con acento zelandés, por su figura corpulenta y su cabeza singular de nariz larga y recta, su cabello negro mechado de gris y sus ojos azules brillantes. Había vivido en ciudades grandes durante casi cuarenta años, pero todavía se notaba al mirarlo que venía del campo y que sus antepasados varones habían sido campesinos y labradores, tan fornidos como él y con manos igual de grandes. En esa noche de septiembre lo rodeaba además el aura de una gran exposición —quince salas con pinturas, la obra de media vida— y de una publicidad previa que duraba ya varias semanas.

Maris agradeció a quienes debía agradecer y dijo para finalizar:

—*Painting is not an old-fashioned medium. I would say it's just a very old medium. Human beings have been painting for thirty thousand years and they will never stop!* Sólo para que lo sepan.’

Se elevó un clamor. Desde algún lugar entre el público un hombre comenzó a gritar algo. Los aplausos ahogaron su voz. Maris saludó a los presentes, también brevemente —pero lo suficiente como para que los fotógrafos pudieran realizar su trabajo. Mientras saludaba, su

Met opmerkingen [MC1]: La pintura no es un medio anticuado. Yo diría que es un medio muy antiguo. Los seres humanos han estado pintando durante treinta mil años y nunca se detendrán. Para que lo sepan.

mirada se posó sobre una pareja muy anciana, pequeña y encorvada, que estaba junto a la balaustrada alrededor de la gran escalera, un poco perdidos y, de pronto, extrañó a sus padres.

En poco tiempo se llenaron las salas. Maris recorrió la exposición con un equipo de filmación. Lo llevaron hacia las pinturas que más habían sido reproducidas. No había forma de escaparse. Se dejó llevar. Así fue a parar delante de *Drowning, Ahogándose*, una pintura muy grande y muy azul con trazos negros y rosas. En el azul oscuro aparecía la figura de una mujer joven enredada en una cuerda, flotando cabeza abajo en lo que podía ser agua, con su rostro casi oculto detrás del cabello. Un ojo miraba a través del pelo; con un par de pinceladas le había dado un aspecto japonés o chino. En otra parte del lienzo había pintado decenas de pares de ojos, todos cerrados. El azul oscuro y la mujer enredada en la cuerda la convertían en una pintura angustiante. Venía de Nueva York, donde se exhibía en forma permanente en el MoMA, y se había utilizado para el afiche de la exposición.

Junto a esta pintura, ante el lente de la cámara, empezó a sentirse incómodo. Se tapó la nariz y la boca con una mano y miró hacia el piso. Quería irse, pero no podía. Contó que había hecho esa obra después de haber visto fotos de las *amas*, mujeres que frente a la costa de algunas islas japonesas bucean en busca de moluscos. Una de ellas se había ahogado y fue sacada muerta del agua, enredada en la cuerda atada a su cintura. Al igual que todas las buceadoras usaba sólo un taparrabos, antiparras de buceo y un cuchillo. Miró el cuadro en silencio durante unos segundos.

—Posteriormente, hice todo un estudio sobre esas buceadoras —dijo entonces, volviéndole la espalda a la imagen—. Sólo las mujeres hacen ese trabajo, desde hace siglos. Se sumergen hasta diez metros de profundidad y pueden permanecer bajo el agua durante dos minutos. Un italiano las fotografió en los años cincuenta. También tomó la foto de esa muchacha muerta. Recuerdo que tenía pechos hermosos. Pero estaba muerta.

Sonrió. Una sonrisa que estuvo de más. Se acordó de dónde se había topado con el libro de ese fotógrafo italiano: en Strand, en Nueva York. Había abierto el libro y la primera foto que vio fue la de la buceadora ahogada con el rostro envuelto en su cabello y un trozo de cuerda alrededor del cuerpo —estaba tendida en un pequeño bote. Lo había cerrado de golpe, caminó entre las estanterías hasta el anticuado ascensor que rechinaba y abandonó el edificio. Le había llevado horas recuperarse de la visión de aquella foto. Pero al día siguiente había regresado —de pronto sintió la necesidad de poseer ese libro, aquella foto, temió que ya no estuviera más— y lo había comprado.

—Por cierto, la imagen de esa buceadora ahogada no fue el inicio de esta pintura. Yo estaba trabajando sobre esos cuadros azules de Yves Klein, en los que insertó esponjas que absorbían la pintura azul. Empecé colocando áreas de color, pintando ojos, y luego surgió esto.

La luz de la cámara se apagó. Exteriormente Maris había permanecido imperturbable, un pintor que hablaba sobre su obra. Pero había empezado a transpirar. No entendía su turbación —que no había existido cuando sacaron el cuadro de la caja, cuando lo colgaron, cuando lo miró después de colgarlo. Seguramente tenía que ver con la cámara y con la gente que lo rodeaba. Mientras se ponía en movimiento otra vez dándose leves toques en el rostro con un pañuelo blanco, descubrió entre el público al periodista que estaba escribiendo un artículo sobre él para una revista semanal. El hombre lo estaba observando y desvió la mirada cuando se encontró con la suya.

